

# “La colina”, buen trabajo sobre la fe en el hombre

Carlos Morales

“La colina”, auto sacramental de Daniel Gallegos. Compañía Nacional de teatro. Dirección: Daniel Gallegos. Actores destacados: Luis Fernando Gómez, Angela Ma. Torres, Oscar Castillo, Alfredo Catania, Gladys Catania, Olga Zúñiga, Mercedes Torres. Estreno: 20 de abril de 1968. Reestreno: 20 de febrero de 1976. Museo Nacional.

A. Antes de resumir brevemente el argumento de “La colina”, es necesario observar el subtítulo irónico que el autor le da, pues se pretende hacer un enfrentamiento entre el género absurdo donde se ubica la pieza, y los dogmáticos autos sacramentales de los inicios del teatro, donde los valores son fijos. De allí se parte para iniciar con el absurdo anuncio de Naciones Unidas de que “Dios ha muerto”, el cual es aceptado por el dramaturgo —y el público— como el hecho pivotal sobre el cual girará toda la intriga. Se plantean entonces las reacciones de los personajes ante el trascendental acontecimiento que cambia sus vidas. La trama se ubica geográficamente en las cercanías de un santuario, lo que facilita el flujo dramático del juego absurdo e inquisitor entre los pecadores allí reunidos. Marta es el hilo de Adriana q’ guía al encuentro de Dios por parte de los descreídos y estimula la liberación de los falsos creyentes. Es además, ella, el único rayo de esperanza ante el asesinato de Dios que “perpreta” el padre José rompiendo un crucifijo. La fe de Marta, o talvez su esperanza, porque ella también duda, rescata la fe en los hombres de don Tomás y de los fonderos.

O.

Excelentemente bien estructurada, con un primer acto expositivo y ágil, un segundo desencadenador de tensiones y una jornada final de recuperación, “La colina” sigue figurando como la mejor obra de teatro que se ha escrito en Costa Rica. Con ambiciones de universalidad —bien logradas— el autor siembra un clima eléctrico en la escena que profundiza en temas existenciales de orden filosófico. Los lanza contra el espectador con ribetes de

tremendismo y mediante un lenguaje fuerte que busca el impacto y el humor, en equilibrio con el dramatismo de la acción. Las actitudes diversas que adoptan ante la noticia un descreído (don Tomás), una monja, un sacerdote y una novicia, las aprovecha inteligentemente Gallegos para estudiar en el escenario temas fundamentales como la pasión, la sensualidad, la razón de la existencia, el dogma, la procacidad y una serie de dualidades humanas que están en permanente conflicto desde la platónica diferenciación Mal-Bien. Los propietarios de la fonda son representativos de una clase enajenada, cuya preocupación vital es la subsistencia. A ellos la muerte de Dios solo los afecta en el posible cierre del santuario y por tanto del negocio que los mantiene. A don Tomás, hombre torturado que ha perdido la fe en los hombres y está al borde de la muerte, el hecho inusitado lo estimula a indagar entre los personajes una verdad que se oculta. Así se convierte en el gran inquisidor, con el respaldo de una religiosa reprimida que ante el fallecimiento divino opta por el libertinaje que el convento le impedía. Para ella, a Dios muerto, baile puesto y con un poco más de timidez, el padre José entra también en el disfrute de lo epicúreo. Será la novicia Marta, como ya se dijo, la que sostenga el conflicto con su pureza lírica y su aferramiento a una idea que era su razón de existir y que en el conflicto dramático va a servir para desenmascarar las falsedades y retomar unos valores nuevos que están básicamente concentrados en la fe en los hombres, como bien lo demuestra don Tomás en sus frases finales a Marta y lo reitera Gregorio con la decisión de quedarse en la montaña para que el niño de Florcita “crezca sano”.

Cuando se estrenó en 1968, “La colina” originó un pequeño escándalo nacional por su temática y se la tomó como irrespetuosa por el mero hecho de romper una imagen y usar un lenguaje fuerte, no obstante, dentro de su deliberado simbolismo absurdo, es una pieza de reencuentro más que de nihilismo. De aquella fecha a hoy, el autor la ha recortado en algunos parlamentos del segundo acto, ha endurecido acer-



Olga Zúñiga, Oscar Castillo, Angela Ma. Torres y Alfredo Catania, en un momento de “La colina”.

tadamente el lenguaje y variado completamente el final, con lo cual le inyectó mayor efecto dramático y una conclusión más inmediata y acorde con el clima. El cambio en el personaje Manuelito (hijo de los fonderos) que ahora es una niña mongólica y embarazada, contribuye a los propósitos de impacto que busca el autor-director.

Dentro de una intemporalidad o estatismo, propios del absurdo, “La colina” golpea a los espectadores con la rudeza de la impostura, del cinismo y de la falsedad. Los personajes se distribuyen el conflicto en pares matemáticamente calculados y la aparición final de Florcita viene a ser un elemento de incógnita que estimula a posteriores reflexiones.

Obra bien distribuida estructuralmente, “La colina” sigue siendo gran teatro y digno espectáculo para representar al país en el festival próximo de Guanajuato. Hay, como en todo, algunas debilidades dignas de mención: el personaje de don Tomás permanece un poco indefinido en las tres jornadas y su contextura más joven que el padre José, aparte de la necesidad de algún parlamento conflictivo inicial, le quita fuerza al choque final que se desata entre ellos. Igual indefinición de carácter se observa en Joselillo, a quien el espectador deberá suponer como un servidor de los tenderos, pero cumpliendo un

papel de narrador, que a veces se siente injustificado.

El director ha marcado acertadamente la distribución del espacio escénico. Los movimientos buscan el aprovechamiento total del escenario y solo no se explica uno como dio su aprobación a tan lamentable escenografía. Valdría la pena revisar esa maqueta, pues es preciso suponer, aparte de la estética, que la ambientación es de montaña y, por tanto, el techo no puede ser plano ni las ventanas de barrotes. Hay además mucha planicie y los laterales —abiertos hacia el público— le restan efecto al enclaustramiento que siempre exige el teatro del absurdo.

En la interpretación, Luis Fernando Gómez, joven actor que ha dado trabajos muy irregulares, se planta por primera vez firme en la escena, con pleno dominio de sus manos y con una caracterización que no dudo en calificar como la mejor de su carrera. Manifiesta una concentración adecuada y no exagera en ningún momento sus actitudes. A pesar de que se enfrenta a un personaje cuya concepción en el libreto es deficiente, ya sea por el cambio que hubo que imprimirle, o por recortes, Gómez, sale adelante con él en forma muy airosa.

Angela Ma. Torres revela o reitera más bien, su excepcional timing de actriz madura. Domina con su presencia, pero está abusando un poco del sarcasmo

que le otorga su parlamento. En vez de la sobria liberalidad que su personaje exige, la actriz está tomando muy en broma la interpretación y en muchas ocasiones actúa más para la risa del público, q’ para la intriga que ella va modelando. Hay que poner atención a ese personaje para que no desentone.

Una brillante actuación de Gladys Catania como Mercedes y de Oscar Castillo, quien está mucho mejor en el escenario que hablando para la prensa ¿eh? El trabajo de Olga Zúñiga, como la novicia Marta, es decoroso a la altura de su gran categoría, pero no parece haberse encontrado del todo bien en ese hábito. Es probable que el personaje —lacónico y más bien espectativo— le impida un mejor desempeño. Finalmente, hay que aplaudir el debut —digo debut porque antes no había hecho nada que mereciera reconocimiento— de la niña Mercedes Torres, quien abrazó perfectamente los lineamientos de su Florcita. Su aparición patética al final del primer acto, es desgarradora. Un acierto el cambio que hizo allí Gallegos.

Con un elenco seleccionado entre lo mejor de su personal, la Compañía Nacional de Teatro hace de “La Colina” un gran espectáculo dramático que está a su altura profesional y que sin lugar a dudas merecerá mayores reconocimientos en su viaje a México.